

LOS TERRITORIOS DE LA MANCHA

Fernando Redondo Benito

“Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y, por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.”

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha

En el segundo capítulo de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*, de Miguel de Cervantes, “Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote”, nos encontramos con el inicio de un largo e indefinido camino que, sobre lomos de Rocinante, hemos emprendido durante los más de cuatro siglos de existencia y plena vigencia de tan universal obra y personaje literario, que nos motiva en reflexiones y sueños, en voluntades y aspiraciones, en un camino que nos incita al análisis desde la generosidad y solidaridad humana, desde el encuentro de los hombres por las letras y la cultura.

Caminos (en plural, porque existen tantos como lectores) que tienen su punto de encuentro y partida en “un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”. Punto de partida que nos convierte en miembros y habitantes de un mismo territorio, en compañeros de viaje, en integrantes de La Mancha, porque “somos el territorio de La Mancha. Manchados, impuros, mestizos, abiertos por fuerza a la comunicación, las migraciones, la confianza en nuestra aportación al mundo”, como acertadamente señala el eminente escritor mexicano Carlos Fuentes.

Ciertamente en el *Quijote*, y siguiendo a Fuentes, “todo es incierto [...]. Incierta la autoría [...]. Nombre incierto [...]. Rocinante fue “rocin antes”. Dulcinea, la damisela ideal, es Aldonza, la campesina común [...]. Lugares inciertos...” pero todos ellos, personajes y lugares, situados en el Territorio de La Mancha, en el lugar de todos los hispanohablantes, de todos aquellos que compartimos el uso del español, y que hemos encontrado en el *Quijote* a uno de nuestros mejores embajadores, por la pluma de Cervantes.

Reunirse en torno a la obra de Cervantes, como en estas Jornadas Cervantinas, es reunirse en torno a La Mancha, es disertar sobre la fuerza de la palabra y la escritura, porque la palabra es nuestra fuerza, nuestra única fuerza. Por ello, desde nuestra lengua, el español, debemos construir un monumento colosal de la cultura universal y la diversidad cultural, que debe ser conservada y enriquecida, porque es continua expresión de la calidad suprema y distintiva de la condición humana; es nuestro espíritu, nuestro intelecto, nuestra capacidad creadora. Cervantes nos decía que la “pluma es la lengua del alma”, lengua que usamos, que usamos vivamente.

Antonio Machado nos decía que “fue Cervantes, ante todo, un gran pescador de lenguaje, de lenguaje vivo, hablado y escrito; a grandes redadas aprisionó Cervantes enorme cantidad de lengua hecha, es decir, que contenía ya una expresión acabada de la mentalidad de un pueblo [...]”.

De ella, de nuestra lengua, de nuestras palabras, de nuestra pluma, surgen sueños e ideales, aspiraciones para ejercer desde la asunción de valores y baluartes del *Quijote*, utopías de un mundo nuevo, utopí-

as desde las letras, que nos hacen recordar el llamado “Discurso de la Edad de Oro” del *Quijote*,

- Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados; [...] porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; [...] todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; [...]. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto agora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado. [...] se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos.

“Desta orden” también soy yo, en una compartida condición de humilde escudero del *Quijote*, sin olvidar uno de sus consejos, “haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque, viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio”. Escuderos de pertenencia común al territorio de La Mancha, que en Azul, Ciudad Cervantina de la Argentina, convertimos en utopía, desde la gran provincia trasatlántica de Cervantes.

Sueño junto al *Quijote*, porque, como Borges, expreso que “siempre hay una suerte felicidad cuando se habla de un amigo. Y creo que todos podemos considerar a Don Quijote como un amigo”. “Sueña Alonso Quijano”, recordemos las palabras de Borges:

El hombre se despierta de un incierto
sueño de alfanjes y de campo llano. [...]
El hidalgo fue un sueño de Cervantes
y don Quijote un sueño del hidalgo.
Un doble sueño los confunde y algo
está pasando que pasó mucho antes.

Sueño en el territorio de La Mancha, en los territorios de La Mancha, y desde la imaginación, desde el ingenio, desde la vigilia y el

ensueño también podemos vivir ese doble sueño que nos confunde, pero que nos muestra un territorio único y excepcional.

Recorrer La Mancha, en esta ocasión como territorio geográfico del *Quijote*, es un verdadero placer existencial y literario, porque podremos posicionar nuestros ojos al ras de la llanura, observando ramajes, observando sembrados donde destaca una pequeña arboleda junto al camino, junto a nuestra senda que apartamos por un momento.

En el sembrado, en la siembra, espigas de aquellos que tuvieron el coraje de sembrar semillas, esperando a la espiga del mañana que se convierte en recompensa mejor, por ello el sembrador aguarda el porvenir, el sembrador aguarda bajo la sombra de esa pequeña arboleda, y allí se detiene brevemente el hidalgo, divisando el horizonte.

Delante de nosotros el azul, destaca inevitablemente el azul añil sobre el blanco, en lo hondo, que dibuja una única estampa, observando una aparente cordillera lejana, una sierra... o esos pequeños cerros que a la vista del hombre de la llanura manchega representan altos montículos.

Encontramos un caballero, un hidalgo que cabalga una mañana del mes de julio, en silencio y sosegada ausencia, viviendo un austero y firme paisaje, buscando en su interior, desde ese alejamiento del mundo, para transmitirnos la manera de amar íntimamente, profundamente, humanamente.

Cabalga el hidalgo, como en *Vencidos* de León Felipe,

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar. [...]
Hazme un sitio en tu montura
y llévame en tu lugar; [...]
Ponme a la grupa contigo,
Caballero del honor.

Nos situamos en la llanura manchega, junto al caballero del honor, en “ese gran obrado de simultáneas anchuras”, como expresara Eladio Cabañero, en una tierra de luz donde la llanura es la misma, el

horizonte es nuestro horizonte, el cielo... observamos que el cielo está limpio, diáfano, divisamos una infinita y elevada bóveda de azul añil y “¿Quién que mire al cielo directamente no se olvida de términos municipales, provinciales, regionales y nacionales, se desentiende de vallas, mojones y medianerías, dejándose llevar, desde el paisaje propio y la casa paterna, allí hasta el horizonte sin fronteras, bajo la pura sensación de fundirse en una sola patria universal?”.

Continuamos el camino de nuestra patria universal, de La Mancha, transitamos las veredas y sendas hasta llegar al Toboso, cuna y lugar de Dulcinea,

Media noche era por filo; poco más o menos, cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso; estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entredara, puesto que quisiera Sancho que fuera el todo oscura por hallar en oscuridad disculpa de su sandez; no se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaba los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho; de cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche.

Placer íntimo y profundo es el de recorrer un pueblo desconocido entre las sombras, como hace nuestro hidalgo. Todo desata nuestra fantasía, todo nos hace recorrer las regiones del ensueño... puertas y balcones, esquinazos y ábsides de iglesias, torres, pasos lejanos...

Sentimos regocijo, el Toboso nos aporta amor, hemos tomado la “bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea”, ahora podremos “acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas”. Salimos de esta noble ciudad y encaminamos una nueva senda, nos encamina nuestro caballo, nuestro rocín... Rocinante.

Nuevamente el horizonte, y en él molinos de viento... gigantes o molinos, realidad o ficción, posible e imposible, visible e invisible...

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y, así como Don Quijote los vio, dijo a su escudero:

- La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ¿ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o poco más, desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer?; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

En el molino nos asombramos de bellas estampas, de la presencia del viento en La Mancha, de la “rosa de los vientos” que son nuestros particulares molinos manchegos, en ellos... el sonido y el engranaje de la “rueda catalina”, el fraile, el crucero, la vela del aspa, el palo de gobierno, manivelas y el borriquillo; desde allí contemplaremos el universo, contemplaremos la presencia del ser humano en un mundo solidario y fraterno, puesto que de libertad e igualdad, de encuentro y cultura hablaremos en estos días.

Los vientos nos son favorables y nos dirigen hacia América, pero previamente deben dejarme pasar por Tembleque, por la bella villa manchega que conforma mi cuna y natura, transitando con rapidez por su Plaza Mayor, y encontrándome allí con Sancho Panza, “que había ido por aquel tiempo a segar”, retomando después la senda que me lleve, en esta ocasión sobre lomos de Clavileño, hacia América, siguiendo los pasos de la denominada “Flota cervantina”.

Siguiendo las estelas conformadas sobre la mar por la “Flota cervantina”, me encamino directamente a Guanajuato, en México, a la Capital Cervantina de América, a un lugar donde también se posiciona el Territorio de La Mancha. En Guanajuato destaca la belleza de un patrimonio cultural y natural único, que han sabido asumir como propio al personaje de Don Quijote, que ha querido conocer ese lugar, permaneciendo de manera intemporal en las obras custodiadas en el Museo Iconográfico del Quijote de Guanajuato, único en el mundo, fundado por el insigne escritor y publicista Eulalio Ferrer Rodríguez.

En Guanajuato las callejuelas parecen estrechar, y otras veces ensanchar, al paso de nuestro rocín, como queriendo abrazarnos en la fraterna presencia del Quijote, en la fraterna presencia de unos valo-

res que se difunden por América, que se transmiten por todo el mundo, que nacen en La Mancha, y que se funden en la propia identidad que como hombres nos sirve para contribuir al destacado progreso de nuestras comunidades.

Callejuelas y plazas, plazuelas, que sorprenden a nuestro hidalgo, que conforman la extensión de La Mancha, que se encuentran adornadas de placas alusivas a la condición de Capital Cervantina de América, que muestran esculturas que nos acercan la diversa iconografía del *Quijote*, observando como –en cada momento de la vida cotidiana– las vivencias de los entremeses cervantinos se transmiten y entremezclan con el día a día, veremos a los jóvenes acudir con inquietud, con aspiraciones, a las páginas del *Quijote*; fiesta del espíritu que encontraremos en el Festival Internacional Cervantino de Guanajuato que nos convoca anualmente a la fiesta de la cultura.

Presencia de un autor, Cervantes, de un libro, el *Quijote*, y de un sentimiento que convierten a Guanajuato, junto a Azul, en destacados lugares de sustancia cervantina. Presencia de un libro que se manifiesta de manera singular en la persona de Eulalio Ferrer, que antes mencionara como fundador del Museo Iconográfico del Quijote.

Existen libros que marcan de una manera definitiva la vida de cada uno, y ese libro para Ferrer era “Don Quijote de La Mancha”. El Director de la Academia Argentina de Letras, Dr. Pedro Luis Barcia, me ha rogado que compartiera la conmovedora vivencia de Eulalio Ferrer en su encuentro con el *Quijote*, que nace en el exilio español. Ferrer nos ha narrado que a las puertas del campo de concentración de Argelés Sur–Mer, concluida la guerra civil con la derrota de la República Española, recibió un libro. Ejemplar que le fuera entregado por un miliciano de barba crecida, regordete, de estatura mediana, con deteriorado uniforme de soldado y manta al hombro, que gritó con cierta aspereza: “¡Cambio este libro por cigarros!”. Él, que no era fumador y considerando que el cambio era normal, cambió una cajetilla de tabaco por el libro del miliciano. Echó un vistazo al libro, antes de guardarlo, y era *Don Quijote de La Mancha*, en una edición de Calleja de 1902.

Don Quijote de La Mancha le sirvió a Eulalio Ferrer como “libro de cabecera” en el sentido más literal de la palabra, puesto que en el

macuto en el que guarda ese librito apoyaba su cabeza. Después, Eulalio Ferrer encontró una lectura con avidez de las páginas del *Quijote*, recordando la rutina de la escuela, cuando repetían... “En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”. Ese libro, el *Quijote*, supuso una gran dosis de esperanza y de aliento dentro del Campo de Concentración, campo arenoso y maloliente, entre miles de confinados, con densidad humana diversa y agobiante. Libro que se convirtió en un regalo extraordinario, sabiendo en aquel momento Ferrer que era un libro para leer y consolarse con él, pero sobre todo para estudiarlo, porque Cervantes es el genio más grande de la literatura española.

Libro, que en la amarga vivencia del exilio obligado de España, también exilio compartido por el poeta Gustavo Soler que nos acompaña en estas jornadas, poeta de la vida y la amistad, “hacía de la locura el escondite de las verdades de su tiempo, transformando (las) miserias entre locos reales, en sueños de redención y en antorchas de esperanza”. En el privilegio que la luz, que la lectura, los conduciría hasta llegar a una patria generosa de hospitalidad, México, donde los libros se convirtieron en asignatura de su vida.

Patria generosa de hospitalidad que también se ha manifestado en Argentina para los españoles, en tierra de acogida, en lugar de sustancia cervantina, como la ciudad que hoy nos recibe, Azul, Ciudad Cervantina de la Argentina, que se convierte en fiesta de la lectura y la cultura, de las artes, del espíritu, en el homenaje a Cervantes y al humanista del Dr. Bartolomé J. Ronco que, con su colección cervantina, fuera previsor y visionario de lo que hoy representa el impulso cervantino para esta ciudad.

Azul se presenta ante nosotros, antes mencionaba que delante de nuestros ojos, en nuestro horizonte, se encontraba el azul, el azul añil dibujando nuestra estampa, pero posiblemente ya nos estuviéramos refiriendo a la ciudad de Azul, que adquiere su firme compromiso como ciudad perteneciente al Territorio de La Mancha, que comienza a mostrar sus mejores galas cervantinas y quijotescas, que alumbró la presencia de esculturas y pinturas sobre el *Quijote*, que nos muestra la digna y amplia colección cervantina que servirá de reconocimiento en todo el mundo.

Hoy caminamos por las sendas de La Mancha, establecemos un hermanamiento entre La Mancha, Guanajuato y Azul, Ciudades que comparten sustancia cervantina, que entienden el mensaje de Cervantes expresado por Carlos Fuentes, “Cervantes nos dice que no hay presente vivo con un pasado muerte. Leyéndolo, nosotros, hombres y mujeres de hoy, entendemos que creamos la historia y que es nuestro deber mantenerla. Sin nuestra memoria, que es el verdadero nombre del porvenir, no tenemos un presente vivo: un hoy y un aquí nuestro, donde el pasado y el futuro, verdaderamente, encarnan”; en consecuencia compartimos el Territorio de La Mancha, porque esta gran provincia, este gran país, lo conformamos todos nosotros junto al Quijote, personaje que encarna de manera singular el drama humano, que nace entre la intención y realización, entre el esfuerzo y el éxito, entre el sueño y la realidad. Un don Quijote que nos habla e interpela a todos, desde la fuerza que le corresponde al que nadie le humilla, nada le derrota.

Borges ha dicho: “Creo que los hombres seguirán pensando en Don Quijote porque después de todo hay una cosa que no queremos olvidar: una cosa que nos da vida de tanto en tanto, y que tal vez nos la quita, y esa cosa es la felicidad. Y, a pesar de los muchos infortunios de Don Quijote, el libro nos da como sentimiento final la felicidad. Y sé que seguirá dándoles felicidad a los hombres. Y para repetir una frase trillada y famosa, por supuesto todas las expresiones famosas se vuelven trilladas: «Algo bello es una dicha eterna». Y de algún modo Don Quijote [...] es esencialmente una causa de dicha. Siempre pienso que una de las cosas felices que me han ocurrido en la vida es haber conocido a Don Quijote”.

“El andante caballero – dice don Quijote – busque los rincones del mundo, éntrese en los más intrincados laberintos, acometa a cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los yelos; [...]”. Acometer lo imposible desde los Territorios de La Mancha, con ingenio e imaginación, desde la lectura – en esa continua virtud de maravillarse -, transformando el mundo en una biblioteca infinita, inasimilable e inmaterial, en ese paraíso borgiano.

-¿Qué te parece desto, Sancho? – dijo don Quijote -. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible.